



OPEMAM

Observatorio Político y Electoral
del Mundo Árabe y Musulmán

Análisis Preelectoral

ISRAEL **Elecciones legislativas 2020**

Natalia Perez Velasco

Fecha de publicación: 29 de febrero de 2020

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos

Universidad Autónoma de Madrid

www.opemam.org

TRES ELECCIONES PARA SALIR DEL BLOQUEO POLÍTICO.

El lunes 2 de marzo los israelíes acuden a las urnas por tercera vez en algo menos de un año, y aun así podría persistir el bloqueo político en el que se encuentran.

Aunque en Israel el proceso de formación de gobierno nunca es tarea fácil, esta es la primera vez que se han necesitado tres elecciones consecutivas para tener un nuevo Ejecutivo. La existencia de un único distrito electoral, un bajo umbral de acceso al Parlamento, la fragmentación de la sociedad israelí y la existencia de partidos sectoriales son algunos de los factores que explican que nunca haya habido un gabinete monocolor y solo excepcionalmente se haya constituido uno con tres partidos. Conscientes de la necesidad de negociar, las formaciones políticas siempre encontraban un terreno común sobre el que construir una coalición.

¿Qué ha cambiado esta vez? A finales de 2018 el Tribunal Supremo urgió al Gobierno a aprobar una ley para regular el reclutamiento de los judíos ultraortodoxos. Aunque desde 2014 estaban obligados a cumplir el servicio militar, las exenciones aprobadas por el Likud y los ultraortodoxos limitaban con mucho la aplicación de la ley, y por ello el Tribunal Supremo las acabó declarando ilegales, y tras sucesivas prórrogas declaró una fecha límite tras la cual no habría más. Netanyahu se encontró entonces con un problema, pues sus socios ultraortodoxos se negaron a aprobar una ley que no incluyera exenciones y los partidos de la oposición que apoyan la igualdad en el servicio militar (Hay Futuro e Israel Nuestra Casa) se negaron a respaldar la diluida ley que el Likud proponía para no perder el apoyo de los ultrarreligiosos. Como la legislatura estaba ya en su tramo final y las encuestas pronosticaban un triunfo holgado de Netanyahu, este optó por adelantar los comicios con la esperanza de ver aumentada su fuerza en el Parlamento.

Este anticipo electoral precipitó la fundación del Partido de la Resiliencia de Israel, liderado por varios ex jefes del Estado Mayor del Ejército que en su momento se opusieron públicamente al primer ministro por la deriva derechista del Gobierno¹. Poco después de aparecer en la concurrida escena política israelí este partido unió fuerzas con otro más veterano, el ultralaico Hay Futuro, precisamente el responsable de que en 2014 se aprobara la ley que obliga a los ultraortodoxos a cumplir el servicio militar. De repente, Israel contaba con una oposición fuerte a Netanyahu y la nueva coalición Azul y Blanco se había convertido en una alternativa real a su gobierno.

Fue entonces cuando, en febrero de 2019, el fiscal general del Estado recomendó procesar al primer ministro por tres cargos de corrupción. Si la investigación policial se había desarrollado con una oposición muy debilitada, el anuncio de su procesamiento llegó con esta reforzada, y de ello se han sabido

¹ Lideraron las críticas Gabi Ashkenazi y Moshe Ya'alon, que acabó dimitiendo como ministro de Defensa. <https://www.jpost.com/Israel-News/Army-chief-hits-back-at-far-right-critics-IDF-is-not-a-democracy-452053>; <https://www.timesofisrael.com/ex-defense-minister-slams-netanyahu-over-azaria-trial/>

aprovechar Benny Gantz y Avigdor Lieberman, líderes respectivamente de Azul y Blanco e Israel Nuestra Casa.

Las elecciones de abril dieron lugar a un empate entre el Likud y la coalición Azul y Blanco, ambos con 35 escaños. En realidad, solo el primero podía formar gobierno, ya que la derecha y los religiosos sumaban 65 escaños. Desde el inicio de las negociaciones con los partidos ultraortodoxos y la formación laica de derechas Israel Nuestra Casa, Netanyahu se dio cuenta de que las cosas no serían fáciles. Los primeros se negaban a respaldar una ley de reclutamiento que no incluyera exenciones, y los segundos se oponían a incluirlas. Se plantearon soluciones de compromiso: Israel Nuestra Casa, que los parlamentarios ultrarreligiosos se ausentaran de la votación en el Parlamento; Agudat Yisrael, aprobar una ley que dejara en manos del gobierno su aplicación. Ninguna cuajó, y eso llevó a nuevos comicios y un nuevo hito en la historia política de Israel: dos elecciones en un mismo año.

En septiembre los electores israelíes redujeron ligeramente su apoyo a los dos principales partidos, y con 33 escaños Azul y Blanco se impuso por uno al Likud. Los comicios no cambiaron nada, pues solo la derecha y los religiosos contaban con una mayoría en el Parlamento, 63 escaños. Una mayoría que seguía siendo insuficiente sin un acuerdo sobre la ley de reclutamiento obligatorio de los ultrarreligiosos.

Porque es este desacuerdo y, sobre todo la decisión de Lieberman de no ceder a las exigencias de Judaísmo Unido de la Torá, lo que está impidiendo la formación de un nuevo gobierno derechista en Israel. Este desacuerdo es consecuencia del poder que tienen los ultraortodoxos para influir en la política israelí, algo que lleva décadas enfrentando a laicos y religiosos. Una división que Lieberman intenta aprovechar en un momento de crisis en el Likud. Presentándose como el único líder de derechas capaz de anteponer los intereses de todos los ciudadanos al chantaje de los ultrarreligiosos pretende hacer crecer a su partido entre el electorado laico de derechas al tiempo que retiene el apoyo de sus votantes más fieles, los de origen ruso.

Si Lieberman se niega a ceder al chantaje de los ultraortodoxos, su compañero en la oposición, Benny Gantz, juega la baza de la responsabilidad. Tras las elecciones de septiembre Benjamín Netanyahu ha presentado una y otra vez como única solución posible a la crisis política la formación de un gobierno de unidad nacional entre los dos partidos más votados y el relevo de sus líderes al frente del país. Gantz se niega, aduciendo que sería una irresponsabilidad por su parte permitir que Israel tenga como primer ministro a alguien que está siendo procesado por corrupción. Sabe que sentarse en un gabinete con Netanyahu solo serviría para mantener vivo políticamente a su principal rival político y le pasaría factura entre el electorado de centro.

De este modo, mientras Netanyahu se agarra firmemente al cargo porque solo así puede tener alguna opción de evitar o limitar su procesamiento, tanto Lieberman como Gantz esperan pacientemente su caída, ya sea porque la Justicia le aparte del poder o porque lo hagan sus compañeros de partido. Si tras los comicios nada cambia, como anticipan las encuestas, la perspectiva de unas cuartas elecciones podría provocar en el Likud movimientos internos en este sentido. Y también puede llevar a Gantz y Lieberman a mover sus posturas iniciales e intentar formar un gobierno en minoría. Sería el primero en la historia de Israel.